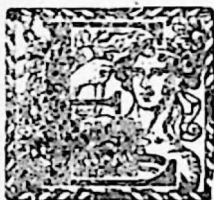


Graciela Illanes Adaro

## Pedro Prado



ESTE escritor que recientemente ha obtenido el premio nacional de literatura, tiene una producción rica y variada: poemas en prosa, versos, novelas, ensayos y divagaciones.

Las palabras y frases que emplea en todos ellos salen de un crisol en el cual han sido acendradas. No se sabe si los ideales que expresan le comunican su sentido enorme de pureza o realmente poseen esta claridad maravillosa que muestra visiones e imágenes a través de una luminosidad especial.

En «Camino de las horas» hay ideas de variada índole. El soneto «Circulan en nosotros nuestros muertos» señala como en cada ser hay algo de los antepasados, no una metempsicosis, pero sí los gestos, las palabras, las ideas de los que nos han precedido. Somos hechura de muchos que han venido labrándose a sí mismos. Gracias a ello hemos llegado a ser lo que somos en el presente. Tiene este poema un sentido transubstancial. Lo material perece y queda, pero sigue la llama, la substancia en permanencia en los seres. Tiene este breve soneto un profundo sentido filosófico, pese a la sencillez de la forma. Tras las palabras simples están las ideas que van hacia una eternidad.

El mismo tema se repite en «Eres toda la escala y melodía».

La idea que los seres son suma de los antecesores aparece muchas veces en Pedro Prado. «Sus solas fisonomías son compendios de vidas inmemorables», exclama junto a unos ancianos.

Una tesis psicológica de trascendencia presenta en el soneto «Si de este pobre cuerpo...», también de «Camino de las horas». Se trata de la relación que hay entre el espíritu y la materia, problema que ha tenido variã interpretación, según la escuela filosófica que lo haya abordado. El escritor se pregunta ansioso de respuesta, pero dudoso de obtenerla:

«¿No se desprenderá del nuevo estado del espíritu puro en nacimiento, algo tan superior a lo soñado como lo es a la carne el pensamiento?»

Encuentra que la vida se semeja a un sueño y a menudo lo expresa:

«Cuando el día final, inútil deje, y vea la apariencia en que resumo la vida que pasó siempre a mi lado, no sabré si he vivido o he soñado».

Un anhelo de algo supraterrano se revela en aquello de:

«Yo soy sin ser; si de verdad lo fuese, no sería mi estar donde resido, ni quisiera mi ser verse perdido en cuerpo que no dura y desaparece».

Si este deseo fuera ansia de romper la mortal atadura para unirse a Dios, tendríamos algo de misticismo en su contenido, pero no lo deja traslucir así.

«Regreso ahora; pero dónde he ido? es un bello poema que revela que el conocimiento se presenta al ser humano después de y mucho razonar como un chispazo de luz. En medio de esa rápida fosforescencia aprehende lo incognoscible:

«Fuí sin saber; estuve no sé dónde; sólo sé que yo supe lo que ignoro».

Mas luego vuelve a sí mismo, y entonces comprende que únicamente se trata de una evasión de su espíritu prisionero:

«Oh, viaje inútil, regresan perdido; cuán vacías mis manos

y memoria; ya sé que yo no sé, y ahora mido la desolada angustia de mi historia».

Los poemas de «Los pájaros errantes» están dedicados a las cosas de la naturaleza, a la tierra, la luna, la pesca y el tiempo. Ante éste siente profunda inquietud. «El es como un viento en el viento», dice.

Le sirven sus breves poemas de puntos de relación de sus inquietudes, de sus sentimientos, de su reflexiones.

El mar es otro motivo que ejerce sobre él profunda e íntima atracción. «La libertad», «El mar eterno», «La esperanza» son poemas que le dedica. «Porque tú te bastas: a ti propio, yo te envidio», le expresa fervoroso.

A menudo se inclina ante las pequeñas cosas, ante las notas que aparecen baladíes a los ojos profanos, y que son los fenómenos que desentrañan las ciencias. Junto a ellas quiere encontrar su razón de ser, y le surge el problema de la realidad. Quiere saber lo que las cosas son, distinguir su apariencia, lo que cogen nuestros sentidos de lo que realmente llevan en sí. Otras veces, más humilde, se acerca a las flores de cardo, a las rosas, a los guijarros; escucha el lenguaje de los niños, sus preguntas, observa su mirada interrogadora, y goza junto a todo con espíritu de artífice. Quiere traspasarlas y tornarlas en cristales, pero no con ánimo de arrancarles sus esencias, sus secretos, sino en contemplación de creador.

En «Un juez rural» con una prosa liviana, transparente y rica da a conocer una parte de Santiago que es medio urbana y medio rural. Se trata de Barrancas, pueblecito que guarda gente incolora y triste.

«Toda la mansedumbre dominical caía como una bendición en la callejuela». «Altos volátiles o cometas, puntos rojos, blancos, azules, dormíanse en el aire». «Los hierbajos amarillos, las malezas secas venía comiendo un caballo de una flacura inverosímil».

La pintura del ambiente está alternada en esta obra con los

problemas, con las resoluciones, con las sentencias que se plantea o resuelve este juez rural. Su filosofía, su comprensión de lo humano se revelan en las meditaciones que le nacen del deseo de dar dictámenes llenos de ecuanimidad. El problema de la justicia se presenta en esta obra con toda su real trascendencia. Todos, movidos por el espíritu de establecerla, dan opiniones, fallos, veredictos. Pero, muchas veces al hacerlo, se hace daño a terceros que no han delinquido o bien si se castiga la maldad por qué no se premia el bien, la bondad. He aquí el problema filosófico de la justicia, su limitación, su relatividad. El juez guiado por el mejor impulso, lleno de equidad, sentencia. Detrás de ese ser condenado, ¿cuántos sufren? ¿Cuántos pagan esa condena? ¿Cuántas veces es necesario ser Salomón para obrar con la mayor sabiduría en este difícil papel de dar a cada cual lo que le corresponde, y al que ha faltado a la sociedad que lo alberga como a uno de sus miembros, la sanción que merece por no hacerse acreedor al respeto y consideración de sus conciudadanos!

Metódicamente va desentrañando su autor en esta obra el sentido de los hombres y de las cosas, y lo da a conocer en síntesis profundas. La vida del triste suburbio, el deseo siempre vivo de hacerse daño los unos a los otros lo apenan y amargan. En compensación la vida vegetal tiene sublimidad y pureza que ofrecerle. Cansado su entendimiento de comprender el mismo pequeño mundo con su egoísmo y pasioncillas humanas, satisface en la naturaleza su sed de mundos nuevos, ignotos, y le basta recorrer su jardín y enfrentar con una pequeña flor para encontrar reunidos todos los paisajes, todos los elementos, toda la poesía; sólo es necesario que el hombre sepa observarlos, observándose a sí mismo. «Cuando hemos logrado que las cosas se tornen transparentes como cristales, y la mirada lejos de tropezar con ellas las atraviese, habremos conocido íntimamente», dice Pedro Prado.

Con esta gran compenetración con el germen de todo, la

visión no llega a ser directa, sino una trasposición intelectual. El mundo físico, lo exterior, lo que recogen sus sentidos contiene su propia imagen, y contemplar es para él una forma de introspección. Las cosas se identifican con su propio mundo. Se traslada al objeto descrito y en la forma de describirlo o de presentarlo revela su espíritu, su emoción estética.

Cuando el escritor va hacia la naturaleza, no es para apreciar la belleza sensual, no para que descansen los sentidos, sino para admirar la unidad, bondad y orden de todo.

Jamás se conforma con el goce sensorial. Busca en las cosas lo más alto, lo más digno, lo más puro. Ha descrito paisajes ascéticos, llenos de una serenidad que permite el descanso del ánimo. Todo lo de la naturaleza tocado por su mirada tiene aspectos de pureza y de religiosidad.

Ya hemos dicho que penetra hondamente en el significado de las cosas y para ello se vale primero de su contemplación externa, objetiva, luego va ahondando para poder comprender, «la pequeña chispa de amor que oculta todo lo creado». Hasta aquí el paisaje es intelectual, contemplativo, pero a continuación surge el símbolo, la trascendencia ultraterrena y, entonces, o retorna a lo material o se funde en lo puramente espiritual.

Estas características se acentúan en «Alsino». En esta obra, que es la historia de un niño que vuela, están pintadas las salinas de Boyeruca y Bocalemu y su panorama adyacente. También se nombran pueblecitos costinos y mediterráneos circunvecinos como Iloca, Licantén y Alcántara. No falta en esta relación la curandera, que mejora con infusiones de hierbas. Estos pueblos trascienden a los hierbajos agrestes que alivian tantos males empleados por las sabias manos de la médica de las Conchas.

Aunque son agradables estas realidades materiales, Alsino desea desprenderse por un instante de ellas y volar como en sueños. De su pobre joroba, resultado de su primer fracasado intento, le brotan alas y cumple su anhelo vehemente. Vagando en plena y libre naturaleza, realiza su primer vuelo. Las alas grises

que ocultaba bajo sus pobres andrajos y que deformaban su ya apocada figura, son potentes y vencen al viento y al sol.

A partir de este instante comienzan una serie de episodios para Alsino. Pedro Prado se vale de ellos para mostrarnos auténticos paisajes chilenos y fenómenos de la naturaleza en forma completa y continua.

Alsino vuela sobre los lagos, sobre los bosques y sobre el mar. El contento, la sensación de saberse volando le hacen hablar, hablar mucho, gozosamente y cantar. Su palabra que era oscura y torpe para expresar sus ideas ante los hombres, se llena de diafanidad, de lirismo; el sentirse en el ansiado elemento lo hace expresarse como nunca supo hacerlo antes: de su boca brotan himnos mientras cruza los cielos infinitos. Cada himno es un poema, una loa a los sitios mejores por donde pasa; así surgen sus cánticos al mar, a la montaña, al valle, a los trigales, a la noche, a la tempestad, al viento, a la lluvia, a la primavera. Alsino en su vuelo va sorbiendo la belleza del mundo en una nueva y potente realidad y va expresándola. Sus palabras al mar dicen así:

«—Mar! Mar!

Altiveces de erguidas montañas acuden hacia ti disueltas como un tributo. Filo de roca limaron tus puros diamantes. Sobrevive el reflejo de todas las flores en tu tono cambiante, y el aroma de incontables jardines, aceite oloroso caído en las aguas, contribuye con sólo una nota en el vasto concierto de tu sacro e infinito perfume».

El trozo continúa. Revela el amor y admiración, como en otros poemas citados, que despierta el mar en este escritor. Sus palabras sostienen reflexiones. A pesar de su hondura, de su apariencia de eternidad es signo de lo efímero, del cambio, de la transformación; la ola se deshace en espuma y ésta desaparece. Su inmensidad y su poder sólo duran fugaces instantes.

Nada existe en el mar de algún realce que no tenga para este artista su significado: la espuma, el viento, las olas, el perfume de

océano, los peñascos, los caracoles marinos. A veces muestra su inmensidad vista desde la orilla y entonces se preocupa de los ínfimos pobladores de mar afuera. Jamás muestra un puerto cosmopolita con su tráfico mercante.

Imágenes, muchas imágenes recalcan la expresión. Reflejan su minuciosa observación de los rasgos distintivos de las cosas que, mediante ellos, manifiestan su fisonomía interna. Las imágenes le sirven también para relacionar una figura con el medio sin necesidad de dar detalles.

Para los símbolos y para las imágenes, sirven a Pedro Prado las sensaciones visuales y entre éstas, la del color que es la más significativa. El siguiente fragmento da una muestra de ello:

«Lentos suben hacia lo alto los rayos del sol. Las nieves se encienden; y mientras por la base de las montañas, con cendales de bruma, trepa azul la noche, a esa hora todos los valles de Chile se iluminan lentos con el resplandor de las altas nieves lejanas. Es una luz rosa, suave e incierta, como la primera que fluye débil, de las lámparas encendidas al crepúsculo. Grises, parecen aún más lejanas. Detrás de ellas, con una suavidad inenarrable, en marca avasalladora, la noche asciende con sus aguas sutiles, de un inefable verde azul pleno de quietud y transparencia».

Los colores aquí y allá distribuidos dan la nota precisa del momento en el espacio y en el tiempo y vemos su rueda cambiante que va imprimiendo tonalidades. Es una visión de conjuntos, abarcadora. Desde muy arriba, el escritor, cual otro Alsino, contempla el llegar sin anuncio de las noches de Chile, su gradación multicolora y el ascenso del «agua oscura y sutil que cubre los campos». Siempre las sombras de la noche, agazapándose en los matorrales, le traen la idea de esta «agua oscura que pasa mil veces por encima de las más altas montañas».

Mediante su visión, su análisis, su comprensión, obtenemos

la fusión de nuestro propio espíritu, igualmente que el poeta, con la esencia de las cosas.

El niño símbolo que logra desarraigarse de lo humano y terreno para contemplar todo desde la altura, nos lleva en sus alas, y nos permite gozar con su idealidad. Es hermano de «los pájaros errantes» que libres de preocupaciones, de afanes y de penas van de un punto a otro como en vuelo de pensamiento.

La obra de Pedro Prado debe ser leída para ser justipreciada. Sus juicios señalan que en este poeta hay un pensador y un ideólogo al lado del pintor. Su potencia visual, su imaginación creadora, su sensibilidad manifiestan que se trata de un artista hecho para la contemplación y reflexión de los múltiples aspectos del existir y de las cosas de la naturaleza.